

# SOBREVIVIRE

benita romero morano

## Capítulo 1

GUS

Hace más de una hora que, a horcajadas sobre la cama, pasea sus ojos por el inmenso lago de central park, de fondo Adelaida canturrea mientras repasa por millonésima vez los jarrones de flores que habían llegado muy de mañana de la floristería. Rosa, una mexicana cuarentona de contundentes curvas y hermosos ojos negros, le hace coro desde la cocina. Apila en el refrigerador los manjares que ha cocinado para su señorita y las visitas. Lleva ya dos años sirviendo en la casa, no hay patrona mejor, es la tercera vez que ayuda a preparar la renovación, como dice doña Adelaida, se refiere a los seis días que pasan encerradas en el piso. Ella vendrá todos los días puntual, a las seis de la mañana, y recogerá en silencio durante un par de horas, desapareciendo antes de que nadie se percate de que ha estado allí. No sabe que sucede pero le da igual. A pesar de las excentricidades no hubiese podido hallar un sitio mejor. La señorita Adelaida es jovial y poco exigente, cariñosa por demás. La otra, doña Gus, es otro cantar, taciturna y algo huraña pero por suerte está casi siempre de viaje. Por cierto, esta mañana anda peor que nunca, posiblemente tenga la culpa la monumental bronca que escuchó nada más llegar. Cerrando la puerta de la cocina se dispone a marcharse y olvidar todo aquel barullo, bastante tiene con sus problemas, un marido en la cárcel y un hijo siempre metido en líos y sacándole los cuartos.

-Gus querida ¿aún estas así?, están a punto de llegar y tu.....

Me obligué a contar hasta diez, no podía evitar que esta situación me sacara de quicio, llevaba cinco años viviendo con ella y no podía entender la importancia de aquellos días, me obligaba a pasarlos en un hotel y no consentía ni una llamada. Al principio desee conocerlas, ante su negativa creí que se avergonzaba de nuestra relación, no era tan simple. Habían construido una burbuja a su alrededor impenetrable e imposible de romper, me dolía verme fuera de esa parte de su vida sobre todo consciente de lo importante que era. Jamás fui posesiva en mis relaciones y tampoco en esta ocasión. Ambas viajábamos mucho, sobre todo yo, mi trabajo me tenía meses fuera y según la naturaleza del reportaje que persiguiese ni siquiera podía dar señas de mi paradero. No era su tiempo lo que celaba sino esa parte de su alma que aquellas mujeres poseían y yo no llegaba a vislumbrar. Había un misterio en su pasado que nunca desee conocer quizás porque no tenía intención de relatarle el mío.

Cuando me instalé en el fantástico piso de The Ardsley en el exclusivo barrio del Upper West Side con sus hermosas vistas a Central Park, pensé, hija de millonarios demasiado joven para poseer algo así de forma legal por méritos propios. Pero no tardé en comprender que su vida estaba lejos de los tópicos, quizá ahora pudiese casi sin proponérmelo empezar a

penetrar en aquella historia que de seguro no me dejaría indiferente.

Estiré las piernas y me tendí boca arriba con los brazos bajo la cabeza

-Gus por favor.

Su tono de impaciencia me irritó, gire la cabeza y la mire retadora, dispuesta a comenzar una nueva contienda, pero la tristeza de sus ojos me desarmo.

Salté de la cama y precipitadamente, cerré la maleta con violencia, cuando me gire dispuesta a volver al exilio casi me doy de bruces con Adelaida. Me alargó dos manuscritos que sostenía en las manos con tanta devoción como una madre al fruto de su vientre

-Ya te hable de ellos léelos, dentro de cinco días a las ocho tendrás todo un día para hablar con ellas y documentarte, si tras la entrevista no te parece interesante lo olvidas.

Un mes atrás cuando regresaba de uno de mis reportajes, sobre el comercio de mujeres, para el periódico donde trabajaba, tras horas y horas de exploración exhaustiva de reconocimiento de los cuerpos añorados con desesperación en los casi dos meses de ausencia, la abracé intentando protegerla de los horrores que había visto.

-No sé qué haría si te ocurriese algo

Me miró con ternura y acarició despacio mi cara enredando sus dedos en mis rizos rojos como la sangre que corría por mis venas como río desbordado. La deseaba tanto como la amaba. Todo en ella me encendía, su hermoso pelo rubio que brillaba hasta cegarme, sus ojos limpios como el cielo de verano, incluso su pasividad me enardecía. Desde el momento que la vi supe que estaba unida a ella.

Nacida en un pequeño pueblo español donde los dramas por rutinarios pasan desapercibidos, me quedé huérfana el mismo día que cumplí un año. Mi progenitor tuvo a bien cruzarse en el camino de la escopeta del señorito y ocupó el lugar del jabalí al que iba dirigida la bala. Mi madre se llevó toda la vida contándome las bondades del hombre, pero muy pronto las almas caritativas me informaron de la dura verdad. Borracho, y de mano ligera, buscaba cualquier excusa para propinarle tremendas palizas a la pobre Angustia que, aunque lloró delante de su cadáver, debió darle gracias a dios por el regalo recibido.

Me crie en el cortijo de los Albarado, donde mi madre servía. Supongo que pensaron que después de descerrajarle dos tiros a su marido le debían un techo. Demasiado ocupada, no me prodigó muchos mimos pero al menos

jamás me puso una mano encima.

Aprendí a leer en los periódicos que mi madre traía a la cocina para limpiar los cristales y soñé con un día viajar a lugares lejanos para relatar a seres menos afortunados las cosas que pasaban por el mundo.

Un día don Manuel, el capataz, que entraba y salía de la alcoba de mi progenitora con demasiada asiduidad, al toparse conmigo en la puerta del cuarto mientras se acomodaba los calzones, supongo que se sintió obligado a preguntarme.

-Agustinita ¿qué quieres ser de mayor?

Era estúpido, como si pudiese elegir, habría escuchado la pregunta en boca de los invitados del señor preguntándose a los señoritos, y en ese momento, en su azoramiento, solo se le ocurrió tamaña imbecilidad. Pero yo en mi inocencia enarbolando un periódico que traía bajo el brazo contesté.

-Algún día escribiré aquí.

-¿Periodista?

Las carcajadas sonaron en mi cabeza durante años. Me prometí que eso sería.

Acudí a la escuela de la aldea y tras rogarle mucho a mi madre, al instituto del pueblo limítrofe a diez kilómetros de distancia, que recorría dos veces al día entre cántaros de leche.

Fue casi terminando mi último año lectivo, cuando mi madre me hizo su mejor regalo, morirse, sin ruido, dormida, probablemente reventada de trabajar de sol a sol. Tras un entierro, que pagó el señor, al que solo acudimos el cura y yo. Caminando de vuelta al cortijo, lloraba desconsolada, no por mi madre, sino por mí, me veía sustituyéndola como cuando una mula cae bajo el peso de la yunta y otra la sustituye invariablemente. Pero el destino me tenía preparada una sorpresa.

Esa misma tarde me dediqué a recoger las cosas de mi madre, los señores necesitaban la habitación. No había gran cosa, tres vestidos que dejaría que las otras sirvientas se repartieran, un misal, un rosario y una caja de zapatos bastante ajada, me sorprendió porque a los pies de la cama estaban los dos únicos pares que yo le había conocido. Con curiosidad la abrí y no pude reprimir un grito ahogado, tenía ante mí más billetes de los que hubiese podido imaginar, era una pequeña fortuna, jamás he podido saber de dónde salió todo aquello, cómo la infeliz Angustia había podido acumular semejante tesoro. Le agradecí que lo que no me había dado en

vida me lo diese después de muerta.

Tuve paciencia y a los dos meses les informé que me iba para servir en la ciudad, recogí mis escasas pertenencias y comencé mi nueva vida.

No era fácil para una jovencita sola, pero el dinero todo lo puede. Me instalé en una residencia de señoritas con una falsa carta de recomendación de nuestro párroco.

Tras meses de arduo estudio pude acceder a la facultad. Por casualidad, en una conferencia de un reputado escritor inglés, descubrí mi facilidad para los idiomas. A ello dediqué mi tiempo libre con la esperanza de que tras mi formación pudiese volar a ambientes menos asfixiantes.

Ya por ese entonces sabía que con respecto a la sexualidad tenía gustos peculiares, aunque jamás se me ocurriría exteriorizarlo. Para mis compañeros era una pueblerina estrecha a la que no podías tocar un pelo y a mí me interesaba que pensarán así.

Creo en el destino, él fue quien puso en mi camino a Susan, por ella estoy aquí. La encontré en una conferencia de un escritor norte americano compatriota suyo, estaba perfeccionando su español y llevaba solo unos días en España deseosa de practicar y extrovertida por naturaleza.

En cuanto se sentó a mi lado, entabló conversación. Yo saqué mi rudimentario inglés y comenzamos un diálogo de besugos sin pies ni cabeza. Continuamos la velada con un café al que siguieron muchos más. Aprendí idiomas y a disfrutar de mi cuerpo. Liberada desde hacía mucho tiempo, en su tierra no tenía que ocultarse, Nueva York era la ciudad de la libertad y la diversidad.

Durante los dos meses que duró su estancia recabé información, mi meta ya estaba en aquella ciudad de ambrosia donde todos eran la mar de felices, que ironía.

Nos despedimos sin demasiado revuelo, nos habíamos poseído. Las dos disfrutamos, yo por mi descubrimiento y ella por haberse topado con alguien a quien instruir. Me dejó una dirección y ansias de volar.

Cinco meses después con mi título bajo el brazo y mis recursos bastante mermados, me monté por primera vez en un avión camino de la tierra prometida. Había podido contactar con Susan días antes y conseguí que me buscara una habitación barata. Ella me esperaba y de su mano caminaría los primeros días. En el nuevo mundo las cosas así no serían tan difíciles.

Nada salió como esperaba, un cincuentón libidinoso con un cartelón en el pecho con mi nombre me informó que mi amiga estaba fuera de la ciudad.

Suspirando mirándome de reojo sé que pensó que de no ser lesbiana estaría para un apaño, pero dada las circunstancias me dejó en Bushwick, delante de un horrible edificio con mi rudimentario inglés.

Traté de explicarle al portero que tenía un cuarto reservado. Cuál fue mi sorpresa cuando comprobé que el viejo hablaba español, allí casi todos eran sudamericanos.

Si la fachada era deprimente, mi cuarto lo era más. Una cama de hierro, una silla desvencijada y una tabla mohosa clavada en una pared fría como una tumba, eran todo el mobiliario. Sin ventanas, la cruzaba una enorme tubería donde estuve a punto de colgarme cientos de veces. Olía a humedad y sudor, comida pasada y a pobreza, como el resto del barrio.

Compartía el baño con un chicano, una puta a punto de jubilarse y una pareja de rusos que se pegaban palizas día sí y día también, aunque en este caso al contrario de lo que era habitual, el varón se llevaba la peor parte.

Pensé que duraría poco mi estancia allí pero pasaron los meses y mi dinero se acababa. Susan no daba señales de vida y no podía encontrar nada. Ya no iba a los periódicos, me conformaba con cualquier cosa que me diese algo de dinero, estaba casi decidida a volver a España con muchos kilos de menos y una buena carga de decepción cuando el destino volvió a sonreírme.

Encontré bajo mi puerta una nota, "preséntate", y una dirección que desconocía. Había recorrido casi toda la gran manzana pero la lacónica nota de Susan no me aclaraba que es lo que me esperaba allí.

Orientarse por Manhattan es muy fácil, debido a una idea muy clara del trazado de las calles y avenidas de la ciudad. A excepción del Bajo Manhattan (tras la Calle 14), que estaba deshabitado y fue construido antes que el resto de la ciudad. Puedes observar que las calles están numeradas y van de Este a Oeste, mientras que las avenidas van de Norte a Sur y llevan números o letras. Algunas avenidas también tienen nombres que son fáciles de recordar: Park, Lexington, Madison, Broadway, Avenida de Las Américas (la Sexta Avenida), Varick St. (la Séptima), Central Park West (la Octava), Columbus (la Novena), Ámsterdam (la Décima). A pesar de todo me costó encontrar la pequeña redacción de la jovencísima revista de moda situada en un elegante edificio. No tenía ni idea de ropa pero necesitaba el dinero y ellas una reportera con urgencia. Gracias a dios, Norma, una fotógrafa experimentada, estaba a la última en tendencias. Con su ayuda logré sobrevivir en aquel mundo que además ni siquiera me gustaba. Me vistió

y me presentó a todos los que debía conocer, allí la encontré.

ADELAIDA